y en el acto reconoció la autoridad del Presidente, anuló sus anteriores decretos sobre elecciones, y mandó que se hiciera á Bolívar una recepción triunfal en el tránsito y en la Capital misma.

Colombia quedó sepultada moralmente aquel día entre las confusas sombras del crímen impune y de una autoridad que acababa de perder para siempre todo su prestigio.

Paez pidió á Bolívar que abriera un proceso sobre su conducta. Bolívar rechazó esta solicitud en términos tan humildes, que es mejor no copiarlos aquí : baste decir que en su respuesta manifiesta que Paez, léjos de ser culpable, era el *Salvador de la Pátria*.

Reconciliados los dos enemigos, salió Bolívar hácia Valencia el 4 de Enero, y en el sitio de la Cumbre, en la sabaneta de Naguanagua encontró á Paez con su séquito. Este se apeó al verle, y lo mismo hizo Bolívar, quién abriendo los brazos recibió en ellos á Paez.

De allí siguieron juntos hasta Valencia, donde Bolívar tuvo que hacer á la pátria el sacrificio del amor propio, tolerando algunas

palabras que se escapaban á los vencedores en la embriaguez del triunfo y de los banquetes con que lo celebraban. Juntos siguieron á Carácas, donde se les hizo un recibimiento más espléndido todavía.

El entusiasmo fué tan frenético, que Bolívar recorrio las calles de la ciudad bajo palio, y seguido de la población en masa. Pronto diremos cuánto tiempo duró el entusiasmo.

¡Cuán cierto es que los prejuicios son perturbadores del sentido moral!... Si Bolívar no hubiera traido del Perú la idea fija de implantar en Colombia la Constitución boliviana que él llamaba su delirio legislativo; y, en cambio, hubiera respetado y hecho respetar la Constitución vigente, ni Paez se habría sublevado, ni perdido él su prestigio juntamente con el de Colombia.

El deseo de anticipar el tiempo de las reformas para establecer aquella Constitución en Colombia, fué uno de los motivos, si nó el principal, de Bolívar para transigir con Paez y colmarlo de honores. No sólo le regaló la rica espada que recibiera en el Perú, como

símbolo de gratitud, y le coronó con las guirnaldas que la Juventud caraqueña le ofreciera el día de su entrada triunfal, sino que todos los cómplices de Paez, ó por lo ménos los principales, fueron premiados con ascensos y empleos, quedando así los amigos leales del régimen legal y del propio Bolívar castigados por su lealtad.

Y esto sucedía á tiempo en que Carácas acababa de ser, pocos días ántes de su llegada, saqueada y ultrajada vilmente por un hombre llamado Farfan, que delegado de Carabaño, agente directo de Paez, con el pretexto de una requisa de caballos que debía hacerse en la ciudad, destacó partidas de bandoleros para allanar las casas, y durante dos días vióse Carácas entregada al pillaje más infame, que los propios soldados de Boves no llegaron nunca á cometer.

Acaso no deba culparse á Bolívar de la debilidad con que en tal ocasión procedía, porque no sólo quiso evitar los horrores de la guerra civil, mas tambien las circunstancias especiales de los países libertados eran verdaderamente críticas. Hasta se había discutido entre los hombres más prominentes de la revolución el pensamiento de cambiar las instituciones republicanas en monárquicas, y ofrecer la corona á Bolívar, con el fin de procurar así la estabilidad y sosiego que tanto necesitaban las nuevas naciones.

Justo es confesar que él rechazó siempre las ofertas que sus amigos y admiradores le hicieran en aquel sentido. Cuanto se haya dicho en contra de esto, ha sido obra de la ignorancia ó de la perversidad. Bolívar, que ejercía la dictadura, pero rechazando el título de dictador, no podía prestarse á ser Rey de su pátria.

Además, los países gobernados por Bolívar no estaban preparados para recibir ninguna forma de gobierno constitucional, ni la forma republicana siquiera. Las necesidades de la guerra habían impuesto la dictadura. La misma Constitución de Cúcuta la había consagrado en su artículo 128, dando al Presidente facultades extraordinarias de las cuales podía servirse con más facilidad que los monarcas constitu-

cionales. El malestar no dependía pués de las instituciones, sino de la imposibilidad de practicarlas lealmente, y el remedio que se buscaba en el establecimiento de la Monarquía habría resultado inútil de todo punto. Bolívar, dotado de un talento tan extraordinario, no podía hacerse ilusiones en este respecto. Las tuvo muy grandes en su proyecto de Constitución Boliviana; y al fin las habría perdido, como las perdió el Gran Mariscal de Ayacucho que gobernó á Bolivia con aquella Constitución, y se convenció de que sólo daba estabilidad al Gobierno sobre el papel, miéntras que en la práctica le quitaba los medios de hacerla respetar.

La verdad es que no puede culparse á los próceres de aquel tiempo de que, deseando conservar la independencia de los países que á fuerza de sacrificios habían conquistado, pensaran en una nueva forma de gobierno, para alcanzar aquel bien. En este respecto seremos mucho más francos que los demás escritores que se han ocupado en este asunto.

Hemos creido siempre que las instituciones

republicanas, si han de ser lealmente practicadas, exigen la homogeneidad de raza en los pueblos ; cierto grado de instrucción en las masas, una prudente limitación en el sufragio, y la preponderancia de sanas costumbres. Sin esto la república no puede ser una institución protectora de la libertad ni de las demás garantías de los asociados. Existirá en el nombre, pero en el hecho no habrá sino gobiernos disolventes y reaccionarios, ó dictaduras embozadas que representarán por supuesto la ausencia de toda Constitución.

Y tal vez esas dictaduras, honradamente ejercidas, serán las únicas que podrán alejar el peligro que traen consigo las instituciones democráticas, cuando se pretende fundarlas con razas heterogéneas, fatalmente irreconciliables.

Si hubiera sido posible establecer monarquías sólidas en América, nosotros las habríamos aplaudido, y bendeciríamos hoy la memoria de sus fundadores : así demostraríamos que tenemos el valor de arrostrar la impopularidad, que no han tenido la mayor

parte de los hombres notables de nuestra pátria, obligados á cortejar casi siempre las multitudes, á cambio de efímeros empleos y de dudosos triunfos.

Hechas estas salvedades, nos concretaremos á los proyectos de monarquía en Colombia que tanto ruido hicieron desde 1826. Varios historiadores han publicado una carta que Bolívar escribió al general Paez en aquel año, en respuesta á otra que éste le dirigió por conducto del Señor Guzman, proponiendo una monarquía en Colombia.

Es cierto que Guzman fué al Perú, y que de allí regresó á Venezuela en comisión de Bolívar; pero hasta la fecha nadie sabe si Paez hizo realmente tal propuesta, porque la carta no se ha publicado, y se ignora quién la tenga.

El general Paez escribió en su Auto-biografía, lo siguiente (Véase, t. 1.°, pág. 490):

« En años posteriores se ha publicado una carta que dicen me dirigió Bolívar en respuesta de ésta, en la cual se habla de que Colombia no es Francia, ni el Libertador es Napoleon, etc. Dicha carta que no recuerdo haber

recibido nunca, y que no se halla entre los documentos de la vida pública de Bolívar, tiene más visos de un manifiesto á la nación que respuesta á una comunicación privada.

« Hay quien ha escrito que el Señor Antonio Leocadio Guzman fué comisionado por mí para llevar la carta en que se dice que yo proponía al Libertador el establecimiento de una monarquía en Colombia. Afortunadamente, vive aun el Señor Guzman, que se jacta de ser mi enemigo, y á cuyo testimonio apelo, sin embargo, para que diga si yo le entregué la susodicha carta, y si de mi propio peculio ó de la Tesorería de Venezuela recibió jamás fondos para ir en comisión al Perú, donde se hallaba el Libertador, y si su viaje tuvo por objeto proponer á éste algún plan de monarquía. »

El Señor Guzman haría ciertamente un servicio á la historia contemporánea revelando la verdad de lo ocurrido, puesto que ya no existen los actores principales, ni se trata de mancillar su memoria.

No puede negarse que el pensamiento de

establecer monarquías en América fué acariciado por los hombres más prominentes de la revolución, y que entre los amigos más íntimos de Bolívar el proyecto se concretó á ofrecerle la Corona, rechazada siempre por éste con energía y sin vacilar un instante.

Podrá juzgarse de las razones que entónces se alegaban en favor del proyecto, por la siguiente carta dirigida á Bolívar por uno de sus amigos más fieles, el valeroso y honrado general Diego Ybarra á quién aquel distinguió en todas ocasiones con su más acendrado afecto.

. . . . . .

« Si Usted echa una ojeada sobre el término de las Repúblicas, á excepción de muy pocas, todas ellas han concluido por elevar un trono de hierro, después de haberse despedazado interiormente. La nuestra, compuesta de partes tan heterogéneas y en peor caso que todas las demás, camina á pasos agigantados á un fin mas trágico ; y no veo sinó en Usted el remedio de cortar todos estos males que nos amenazan. Usted no crea que ha hecho nada con haberla

defendido 15 años, si ahora, cuando está haciendo crísis el mal, Vd. no atiende al clamor general y nos abadona sin poner un remedio á tantos males como los que nos amenazan y sin permitir que llegue el caso de que nos comenzemos á degollar, pues todo esto irá solo bajo la responsabilidad de Vd., y Vd. no podrá contestar otra cosa sino lo que me dijo en Guayaquil : « Que no era ya patriota, sino amante de su gloria, » esta respuesta no hará á Vd. honor, ni podrá responder al mundo con ella. Voy á dejar este asunto, porque sería nunca acabar y mi cabeza la tengo un poco débil, y mala todavía de resultas de la caída. El portador de ésta, impondrá á Vd. de todo, todo, y mucho mejor de lo que yo podría hacerlo aun cuando le escribiese más largo de lo que escribió Voltaire : él está muy al cabo de todo, y acaba de ver la gente del país y aún tratar mucha parte de ella, por lo que está más desengañado que nadie.

. . . . . .

« Adios, mi querido general ; páselo Vd. bien ; no nos deje Vd. naufragar en este mar

revolucionario, y cuente siempre con su invariable amigo que lo ama de corazón, y desespera por darle un abrazo viéndolo coronado. »

D. Ybarra.

Como esta cuestión reaparece más tarde en Colombia bajo la forma oficial, diferiremos el tratarla para cuando llegue el momento oportuno.

XVI

Sea que en la Nueva Granada hubiera causado desagrado la conducta de Bolívar cuando regresó del Perú, ó que el arreglo hecho recientemente con el general Paez en Venezuela fuera motivo de amargas censuras, es lo cierto que en aquel país se aprovechó la ausencia del caudillo venezolano para denigrarle y socabar su autoridad y prestigio. El general Santander, que al principio de la guerra había sido leal á Bolívar, y le sirvió después con falsia, declaróse al fin su enemigo público. De palabra y por la prensa no perdió desde entónces la ocasión de zaherirle y de hacerle daño.